

HOMENAJE A ANTONIO VALVERDE

POR CARLOS RIBERA

Si alguna vez está justificado un homenaje, un recuerdo admirativo, a una personalidad artística, desaparecida en la más plena madurez vital e intelectual, es en el caso de Antonio Valverde.

El homenaje con que la villa de Rentería honra la memoria de Antonio Valverde, no es más que un símbolo público de elogio y admiración, no sólo de su faceta pictórica —tan esencial en su personalidad—, sino del conjunto de sus actividades, de la expresión de un temperamento privilegiadamente dotado para todo lo artístico, y actuando continuamente en función de propagador, de estimulador de su ambiente, de educador —con el ejemplo— de todo lo que suponga cultura espiritual y depuración del fondo estético, que es común y privativo de todos los humanos.

Ciñéndonos a su aspecto estrictamente cultivador de las artes plásticas, habría que glosar su formación severa y disciplinada, al lado de otro gran artista donostiarra: Ascensio Martiarena. Esa base académica honda, basada en el ejercicio insistente del dibujo, y, sobre todo, de la observación detenida del natural, pesa, gravita, en el desenvolvimiento posterior de su trayectoria pictórica, obligándole a adoptar, ante la ola irrefrenable de las exaltadas tendencias estéticas actuales, una actitud ponderada de análisis y prudencia estimativa, procurando separar lo que de moda transitoria encierran y lo que efectivamente pueda ser una nueva aportación al arte, que, fatalmente, ha de ir evolucionando, como todo en la vida, y expresando lo más auténticamente posible la representación del momento histórico correspondiente.

Antonio Valverde, espíritu dinámico y dotado de esa magnífica condición de la sana curiosidad, amaba el estar al día, el enrolarse en la corriente más actual del arte, pero siempre huyendo de lo ligero, lo superficial, lo frívolo, buscando, a veces con lenta parsimonia, la fórmula estética ideal que conjuntara la identificación de la pintura con la inagotable naturaleza y las formas más claras de la representación en su siglo. Esta posición ambivalente la mantiene Valverde en todos los géneros que cultivó: el paisaje —ante todo—, el retrato, el bodegón, la gran composición, el dibujo, la acuarela y el grabado.

Su personalidad, suave, discreta, pero insistente y vigilante, llegó a presionar eficazmente en el plantel de dibujantes de artes gráficas, en su taller industrial, formando con esa tarea los mejores especialistas de nuestra región de ese género nuevo que es el dibujo y el cartel, probablemente la variante artística más significativa de nuestros días, y en la cual, sin duda, aún se está en sus comienzos.

No es oportuno ahora aludir a sus actividades literarias, tan complementarias de su personalidad, ni a esa esforzada hazaña de llegar al dominio de la ancestral lengua nativa de su patria siendo ya muy adulto, y sólo quiero, para terminar estas líneas, recalcar, exaltar como se merece, su labor callada, pero brillante, como intérprete del paisaje guipuzcoano.

Allí en su casa de Oyarzun, donde le visité un par de veces, ante la ventana donde azuleaban al fondo las Peñas de Aya, una y otra vez estudiaba la luz, el problema colorístico y el carácter entrañable de ese paisaje único, analizando casi con espíritu científico, comentando verbalmente, con oratoria apasionada, rara en él, las dificultades y los proyectos para una plasmación estilística de sus sentimientos estéticos ante la rica naturaleza, basados en la emoción amorosa de su tierra.

Carlos Ribera